



Revol, Juan, "Vigilar y sonreír. Trabajo esencial en *Mano de obra*, de Diamela Eltit".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2021, vol. 10, n° 22, pp. 56-66.

Vigilar y sonreír Trabajo esencial en *Mano de obra*, de Diamela Eltit

Discipline and Smile. Essential work in *Mano de obra*, by Diamela Eltit

Juan Revol¹

Recibido: 16/04/2021
Aprobado: 07/06/2021
Publicado: 08/07/2021

Resumen

El siguiente artículo parte de interrogar a la categoría de *trabajo esencial* acuñada por los gobiernos del mundo en tiempos de pandemia. En un intento por indagar qué ecos epistemológicos resuenan en esta nominación, se leerá una novela anterior a la propagación del virus que presenta uno de los submundos del actual *trabajo esencial*: el trabajo en los supermercados. A través de la lectura anacrónica de *Mano de obra*, de Diamela Eltit, atenderemos a las exigencias que apesadumbran a los trabajadores esenciales prepandémicos, e intentaremos leer en ellas algunos nudos epistemológicos que anticipan la condensación de *lo esencial* como categoría política y cognitiva del presente.

Palabras clave

Trabajo esencial; precariedad; Diamela Eltit; *Mano de obra*.

Abstract

The following article takes as starting point the category of *essential work* instituted by world governments during the pandemic. In an attempt to investigate which epistemological echoes resonate in this nomination, we will read a novel that was published before the pandemics and presents one of today's *essential work* underworlds: supermarkets. Through this anachronistic reading of *Mano de obra*, by Diamela Eltit, we will attend to explore the labor requirements of these prepandemic essential workers and look there for some epistemological knots that may anticipate the condensation of *the essential* as a political and cognitive category of the present.

Keywords

Essential work; precarity; Diamela Eltit; *Mano de obra*.

¹ Becario doctoral de CONICET, docente en la Universidad de San Andrés (Departamento de Humanidades).
Contacto: jotarevol@gmail.com



Palabras viejas para cosas nuevas

Desde el año pasado, la propagación de un virus empuja a la existencia humana a zonas de indeterminación: el avance microscópico del *enemigo invisible* no solo nos enfrenta a escaramuzas inmunológicas extenuantes, sino que obliga a los estados a reorganizar a diario –con restricciones, cuarentenas, toques de queda, etc.– las disposiciones de la población y sus modos de habitar. Así, reestructurar nuestros hábitos –nuestra *normalidad*– se plantea desde entonces como un imperativo político recurrente en muchas de las campañas globales por preservar la vida.²

Resulta llamativo cómo, ante el acontecimiento del contagio, la logomanía que inflama a los regímenes neoliberales no tardó en hacerse notar: desde el comienzo de la pandemia, el trabajo de reinventar la normalidad implicó la tarea de imaginar nuevos nombres para la experiencia, cosechar del lenguaje categorías y distinciones novedosas que permitan asir con mayor seguridad las esquirlas de lo real –esquirlas dispersas en el aire y multiplicadas exponencialmente, de manera paradójica, por las gotículas de saliva que exuda el pronunciamiento de nuestro mismo lenguaje–. En un movimiento doble, el virus nos llevó a usar bozales que opacan el sonido de nuestra lengua y a configurar un nuevo espectro de palabras y conceptos para intentar echar luz sobre el desorden afectivo, político y económico que arrastran la muerte y la enfermedad.³

En un trabajo publicado en *Posnormales* –el tercer compendio de ensayos de la editorial ASPO (Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio)–, Gabriel Giorgi señala que en las *imágenes del contagio* que produce una pandemia radica un sincretismo de destreza técnica y estética que exhibe las formas en que se reconfiguran los lazos sociales y políticos durante esos momentos sísmicos (325). En su lectura, Giorgi percibe y desteje puntualmente la épica heroica con que se entraman las imágenes y discursos del *trabajo esencial* para concluir que, lejos de la conciencia súbita de que este trabajo es “esencial” para la continuidad de la vida (326), el gesto cínico de colocar sobre los hombros del precariado capas que refulgen de heroísmo implica una transformación –y ampliación– de la noción de precariedad. La literalidad con que estos trabajadores se exponen *heroicamente* a morir, sumada a la imposibilidad de traducir su fuerza de trabajo a la virtualidad, son las condiciones que terminan por trazar “un nuevo piso, un nuevo mínimo o un nuevo subsuelo de las condiciones laborales” (329): así, el contagio agrega –o, con la potencia de su monstruosidad, *muestra*– una serie de nuevas texturas biopolíticas en la precarización.

Sin embargo, la circulación del virus no solo fuerza a la razón neoliberal a revisar y remarcar los trazos que jerarquizan y ordenan a los cuerpos inmersos en su sistema. El contagio también lleva a la razón, como decíamos previamente, a *buscar en sus palabras nuevas formas de nombrar*, a abocarse –con urgencia– a la tarea de seleccionar las palabras indicadas para realizar injertos conceptuales sólidos, que enraícen con eficacia las palabras viejas a las cosas nuevas que amenazan con desordenar los regímenes de valor y sensibilidad instituidos. A partir de esta premisa, este trabajo intentará dilucidar qué sentidos y ecos epistemológicos resuenan en el sintagma *trabajo esencial*, atendiendo a los alcances de su uso estratégico en los intentos políticos por ordenar lo real y estructurar el caos sistémico que suscita la pandemia.

² No está de más subrayar que los programas políticos derivados de posturas negacionistas como las de Trump o Bolsonaro requerirían de un análisis aparte, que no llegaremos a abordar en esta oportunidad.

³ Un ejemplo sintomático de estos intentos por ordenar mediante el lenguaje los pliegues de nuestra nueva experiencia puede encontrarse en la proliferación de nominaciones como *enemigo invisible*, *transmisión comunitaria*, *distanciamiento social*, *grupos de riesgo* o *grupos burbuja* –que cristaliza a diario imaginarios derivados del cruce entre filosofía política y biología inmunitaria, cifrando en la cerrazón monádica de los cuerpos y naciones sus posibilidades de supervivencia.

Para llevar adelante nuestro objetivo, realizaremos un ejercicio de lectura anacrónica: a través del análisis de una novela publicada antes de la propagación del virus, intentaremos encontrar indicios en el espesor del texto que nos permitan anticipar la formalización política y discursiva del *trabajo esencial* como categoría cognitiva del presente. Esperamos que estos indicios, a su vez, nos permitan discernir las resonancias de las epistemologías a las que el neoliberalismo echó mano para formular el sintagma *trabajo esencial*.

Mano de obra: esencias trabajando

La novela que exploraremos para buscar prefacios estéticos y posibles procedencias epistémicas de la categoría *trabajo esencial* será *Mano de obra*, de Diamela Eltit. *Mano de obra* acontece en un supermercado del Chile neoliberal: entre estantes saturados de mercancías y clientes dispuestos a todo por poseerlas, la novela nos presenta los trabajos y los días de los empleados del súper –aquellos trabajadores que la flamante renominación de la actividad social no tardó en catalogar como *esenciales*. La impersonalidad de la voz del empleado que narra nos recuerda a la de las voces que la literatura menor pone en escena (Deleuze y Guattari, 28, 29): la desterritorialización del lenguaje mediante la dislocación de la estructura de las frases, la difuminación de los contornos subjetivos y el abandono de las jerarquías poéticas y políticas que enaltecen a los problemas individuales –acción, causa–consecuencia, acontecimiento (Rancière, *El hilo perdido*)– permiten que la voz presente las formas comunes que adquieren el tiempo y el espacio para los trabajadores de aquella máquina de productividad 24/7. Así, la voz del empleado –aquel nexo humano entre la mercancía y el consumidor– desfigura la uniformidad de los discursos del consumo y se aleja de la estructura de racionalidad propia de los relatos convencionales. Lejos de las hazañas de los “hombres activos” que habitan en el nivel de la totalidad, este habitante del mundo menor e invisible del trabajo (Rancière, *El espectador* 62) habla y piensa desarticulado de cualquier estructura narrativa mayor: su discurso no admite un futuro –a excepción, claro, de un futuro desempleado–. Desde su lugar, la voz que narra se detiene en el suplicio cotidiano de atender a los clientes, evitar a los supervisores, desgastar el cuerpo en la jornada laboral. A lo largo de la novela, la precariedad de los empleados del súper es modulada en gran parte por el miedo al desempleo. La imprevisibilidad de esa espada de Damocles los aparta de cualquier proyección teleológica posible: es la precariedad, en tanto modo de subjetivación específico que obliga a atender a la supervivencia presente, la que imposibilita la actualización de grandes programas narrativos y ubica a estos trabajadores en la posición de *tolerar*. Tolerar abusos, tolerar atropellos, tolerar la tarea prometeica de restaurar, una y otra vez, el orden de la mercadería en los estantes cada vez que es adulterado por las manos impiadosas de los clientes.

Ay, cómo desordenan todo lo que encuentran a su paso [...]. Han interrumpido, impulsados por una perfidia voraz, la cuenta que llevo en la cintura, en el cerebro y en las piernas. Ya está completamente destrozado el orden que hube de realizar. Pero aún así, actúo con la maestría clásica de la palma de mi mano para conseguir que mi espalda se incline en exactos 90 grados hacia los vértices (desmontables) de los estantes (Eltit, 14).

En diálogo con titulares periodísticos que condensan el espesor político y social de las luchas proletarias, los capítulos de *Mano de obra* contrastan la épica y pertenencia de la acción revolucionaria con la falta de sentido y el miedo constante a perder el empleo:

si pedíamos permiso para hacer un trámite, si salíamos a respirar al jardín, si nos apoyábamos en los estantes, si engullíamos un dulce, si nos sentábamos a cagar en el

baño, si nos daba hambre y sacábamos un yogur vencido de los refrigeradores, si nos faltaban las fuerzas, nos despedían en el acto. Así estaban las cosas (106).

El trabajo precarizado del neoliberalismo, lejos de dignificar la vida –cualidad asignada al trabajo en toda una tradición moderna de novelas robinsonianas–, se revela en *Mano de obra* como instancia subjetivadora en la que el trabajador tolera humillaciones con tal de no perder el ingreso del salario:

Agotados y vencidos por la identificación prendida en el delantal. Ofendidos por el oprobio de exhibir nuestros nombres. Fatigados por el trabajo de mantener intactas nuestras sonrisas en los pasillos. Desplomados y humillados porque nadie se dirigía a nosotros como correspondía. Desolados ante la reiteración de preguntas idiotas, acostumbrados penosamente a que nos gritaran, que nos obligaran a disfrazarnos (111).

Por otra parte, a los terrores habituales que padece el precariado, la novela añade toda una capa de experiencias relativas al horror específico de la atención al cliente:

Los clientes (el que ahora mismo me sigue y me desquicia o el que me corta la respiración o el que me moja de miedo) se reúnen únicamente para conversar en el súper. Yo me estremezco ante la amenaza de unas pausas sin asunto o me atormento por los ruidos insípidos y, sumergido de lleno en la violencia, me convierto en un panal agujereado por el terror (13).

Los clientes *siguen, desquician, cortan la respiración, mojan de miedo*. Pasajes como el anterior perfilan al contacto con los clientes –y, en especial, con los *malos clientes* (el subgénero de consumidores más padecido por los empleados)– como experiencia riesgosa e incalculable, que expone a los trabajadores del súper a una serie de violencias derivadas de las desproporciones sistémicas características del orden neoliberal –diferencia de clases, fetichismo de la mercancía, etc. Ahora bien, ¿cómo toleran eficientemente los empleados del súper estas violencias? Para contestar esta pregunta, recorreremos un sendero de razonamientos abierto por la lectura anacrónica de *Mano de obra*.

En primer lugar, recordemos que la razón neoliberal llama a los sujetos inmersos en su sistema a volverse *empresarios de sí mismos*. Como estilo de pensamiento, análisis e imaginación (Foucault, 254), las grillas económicas con que el neoliberalismo organiza el mundo le imponen al *homo œconomicus* una escisión: la separación del sí mismo en *jefe* y *empleado*. Conocemos las miserias políticas y económicas derivadas de esta condición neoliberal, pero ¿cuáles son las implicancias ontológicas de esta escisión en el sujeto? Sostener la estructura existencial del *empresario de sí mismo* exige la reactualización de nudos epistemológicos específicos, que cuenten con la sistematicidad necesaria para escindir a la existencia en planos dialécticos y enfrentados. En más de un pasaje, *Mano de obra* nos presenta a los empleados como existencias divididas:

Mientras tanto, *en el revés de mí mismo*, no sé qué hacer con la consistencia de mi lengua que crece, se enrosca y me ahoga como un anfibio desesperado ante una injusta reclusión. Me muerdo la lengua. La controlo, la castigo hasta el límite de la herida (16, la bastardilla es nuestra).

Con mi cuerpo pegado a mí mismo (como una segunda piel) me desplazo por el interior del súper (16, la bastardilla es nuestra).

A una distancia inconmensurable de mí mismo, ordeno las manzanas (47, la bastardilla es nuestra).

Desde el inicio, la novela entrama la escisión del sí mismo del trabajador en *empleado* y *jefe* con la escisión humanista del hombre en *cuerpo* y *razón*: en el súper, el cuerpo –reificado como máquina de carne– es disgregado del sí mismo por la mente del trabajador –su *esencia*. Así, el trabajo subjetiva fracturas que trascienden la del *jefe* y el *empleado* –exigida para ser un *empresario de sí mismo*– y se internan en el campo de los cortes humanistas: separaciones entre cuerpo y esencia, fuerza e idea, concepto y materia.

La lectura anacrónica de *Mano de obra* nos sugirió que en las exigencias del trabajo en el súper se anticipa el nuevo piso de la precariedad que Giorgi distingue en el *trabajo esencial*. Por esto, leeremos en la novela algunos posibles preámbulos del *trabajo esencial* como categoría política y cognitiva de los tiempos de pandemia, deteniéndonos en la pretensión de los trabajos precarizados de que la *esencia* de los empleados se separe de la materialidad del cuerpo para gestionarlo de manera externa. Así, postularemos que trabajar esencialmente implica *trabajar en tanto esencia*: autonomizar a la razón para que ésta gestione al cuerpo y logre cumplir con sus funciones laborales por más que esté –sea por exceso de trabajo o por la propagación de un virus– *biológicamente* en riesgo. En este sentido, nos interesa leer en *Mano de obra* los anticipos al silenciamiento del cuerpo del trabajador precarizado que se cristalizan en el sintagma *trabajo esencial*. Creemos que la lectura anacrónica de textos como *Mano de obra* nos revelará en qué medida la categoría *trabajo esencial* reactualiza ordenamientos humanistas de la persona e instala al trabajo en el plano de las esencias, exigiéndoles la separación del cuerpo como condición previa a su explotación técnica. De esta forma, intentaremos leer en *Mano de obra* algunos de los nudos donde se entretujan las metafísicas de la presencia con la explotación laboral capitalista.

Ordenar, vigilar, sonreír, facturar: acciones menores y cortes humanistas

Detengámonos ahora en las acciones menores –externas a la lógica del acontecimiento que estructura la narrativa de los hombres totales– que marcan el ritmo de la jornada laboral y profundizan, sistemáticamente, la escisión en cuerpo y razón de los trabajadores del súper. Los microacontecimientos sensibles que se repiten a lo largo de la novela y texturizan el tiempo cíclico de la rutina de los empleados son *ordenar* la mercadería, *vigilar* la performance de la compra (y *ser vigilados* por los supervisores), *sonreír* para contribuir a la asepsia anestésica del lugar y *facturar*. A continuación, indagaremos cómo la reiteración de estas cuatro acciones estructura a la experiencia del trabajo en el súper como instancia que demanda la escisión humanista del sujeto, exigiéndole a la razón tomar distancia del cuerpo –y su percepción fenomenológica– para poder operarlo como máquina productiva.

Ordenar la mercadería se revela, desde el comienzo, como una tarea absurda. Los resultados de la operación no tienen una duración prolongada en el tiempo, el contacto de los clientes con los productos rompe constantemente las disposiciones y jerarquías con que los empleados ordenan la mercadería:

Entiendan: lo que pretendo expresar es que revuelven los productos. Los desordenan con una deliberación insana sólo para abusar de los matices en lo que se expresa mi rostro. Se trepan sobre la resistencia aglomerada de mis sentimientos y (después) los pisotean extensamente. Entonces no me resta sino acudir a una paciencia rigurosa para volver a acomodar las mercaderías ya manoseadas hasta el cansancio (15)

No estoy enfermo (en realidad) sino que me encuentro inmerso en un viaje de salida de mí mismo. Ordeno una a una las manzanas. Ordeno una a una las manzanas. Ordeno una a una (las manzanas) (55).

Ordenar la mercadería se presenta como tarea cíclica y desgastante que cansa y enferma, al punto de obligar a los empleados a emprender viajes para *salir de sí mismos*. Para ignorar el cansancio acumulado por preservar el orden de los productos y atender a las formas exteriores, la voz que narra abandona el terreno del cuerpo y lo observa desde arriba: consciente del riesgo del cansancio, el cogito se refugia en la cabina de la mente para soportar la fatiga que le producen las limitaciones físicas del cuerpo. Desde allí, desatiende las fallas de la máquina que administra y le exige más, lo necesario para no perder el trabajo. Además de propiciar la escisión humanista, podemos encontrar en el orden de los productos correspondencias con el orden que la razón necesita para operar: la jerarquización estratégica de sus categorías conceptuales –categorías como, precisamente, *cuerpo* y *razón*– es la que le permite organizar el mundo en términos aprehensibles, posibles de controlar. En este sentido, si entendemos al súper como institución con estructuras cognitivas específicas, podríamos leer en el imperativo de mantener el orden un eco del principio que funda la actividad verborrágica de la razón: catalogar la experiencia, diseccionar los fenómenos para abstraerlos en conceptos gestionables. Visto a través de esta lente, el súper se revela como un ambiente hiperracionalizado, que organiza en góndolas y secciones los elementos de su mundo de acuerdo a sus especificidades.

Pasemos, ahora, a la segunda acción menor del súper: vigilar. Equiparable a la luz del panóptico de Bentham –que elimina sombras para hacer observable la totalidad–, la luz del súper facilita una vigilancia rizomática: no solo los supervisores vigilan a los empleados a través de las cámaras de seguridad, también los empleados vigilan a los clientes y, a su vez, los clientes persiguen y vigilan a los empleados.

los supervisores se pasean (de lo lindo), en un atroz fuego cruzado con los clientes, para mirarme –a mí– con sus gestos amenazadores cargados de una reprobación odiosa. En el centro de la indisimulada crueldad, me levantan una ceja electrónica o mueven su mano –furiosos– ante el riesgo y el deterioro que experimenta la mercadería (19).

Pedro trabajaba como guardia en el súper. Vigilaba los robos que se sucedían a cada instante. Porque segundo a segundo una mano rapaz escondía un chocolate o birlaba un plato o un paquete de pollo o un cosmético o un cuchillo (136, 137).

entiendo que detrás del tacto y la alegría que [el cliente] me brinda, se esconde el plan voraz de comprometerme y empujarme a la mirada absoluta del supervisor o a la mirada más que especializada de la cámara que, con su movimiento imperturbable, recoge la singularidad de los detalles ilegales que ocurren en el súper (34).

Como vemos, el súper subjetiva una red de vigilantes para administrar la apropiabilidad de la mercancía. Si continuamos con el ejercicio de pensar al súper como institución con sus propias estructuras cognitivas, podríamos encontrar algunos parecidos entre la vigilancia del orden de la mercadería y la vigilancia epistemológica que aspira a mantener diferenciados los conceptos y categorías en las metafísicas dialécticas –hábito que el monoteísmo y el platonismo clausuraron para asegurar la organización de la existencia en estructuras binarias y enfrentadas. La vigilancia es la medida disciplinaria que asegura el mantenimiento del orden –no solo de los productos, sino también de la disposición y las acciones de los empleados y los clientes–, la que evita los posibles robos e impide los exabruptos emocionales en la atención de los trabajadores. En relación con esto último, la vigilancia exige el auto control de los empleados, al obligar a la razón a gobernar con autoridad marcial el cuerpo y sus impulsos para no perder el trabajo:

Me obligo a la mansedumbre (ya no me cuesta nada, nada en absoluto. Quizás finalmente sea manso ¿no?) y me esmero en conservar la calma, apaciguar todo sobresalto que pudiera invadir mi ánimo. Estoy presto a cultivar una notable impasibilidad para conseguir una presencia solícitamente neutra. Debo (es mi función) lucir limpio, sin sudor, sin muecas ¡Cómo no! Es urgente cumplir con el deber externo de parecer pálido. Obvio. Bien peinado, preciso, indescifrable, opaco. Yo formo parte del súper –como un material humano accesible– y los clientes lo saben (21).

Cuando la disociación de la persona en esencia operaria y cuerpo a operar se actualiza, la primera se esfuerza por gestionar el ocultamiento de las marcas del cansancio, invisibilizar el desgaste físico de la explotación laboral y transformar al cuerpo del trabajo en una fuerza *neutra* y *opaca*, una maquina *material* y *accesible*. Así, la temporalidad 24/7 del súper se configura como un tiempo para el que la fragilidad de la vida humana y el sueño –aquella “anomalía incongruente” que brinda descanso y se resiste a la extracción de valor de la rentabilidad capitalista– son inadecuados (Crary, 10). Ahora bien, esta externalización maquínica del cuerpo nos lleva a la tercera acción menor de los empleados del súper: sonreír.

A diferencia de los supervisores, los empleados del súper no pueden encarnar los modos de vigilancia convencionales. Su vigilancia –que requiere del gobierno anímico antes mencionado– le demanda a la preservación del orden un esfuerzo adicional: no ofender ni importunar a los clientes mientras compran. Vigilar y sonreír, entonces, tensa en su dicotomía las estructuras del gobierno del sí mismo, obligando a los trabajadores del súper a sostener a lo largo de toda la jornada laboral una sobreadaptación intelectual a la imprevisibilidad del contacto con los clientes:

Sonrío de manera perfecta mientras alejo a los niños de los estantes (no te olvides) con una cortesía impostadamente familiar (22).

no me queda sino expulsarlo [al cliente] del súper. Lo conduzco hacia la puerta acudiendo a gestos amables y a mis pasos más selectos. Es que no quiero incomodar a nadie ni menos ahuyentar a los buenos clientes. Intento mantenerme en lo que me he convertido: demasiado proclive a la paz y adicto a la corrección (36).

Simulo la sonrisa, el modo absurdamente sometido y actúo también una disposición cínica entre una sonrisa que no termina de consolidarse (56, 57).

[Permanezco] atento, cordial, empecinado en la sonrisa para cubrir las horas que me restan. Ya no habito dentro de mí mismo. Estoy enteramente afuera, dado vueltas. Me doy vueltas y vueltas para cumplir, satisfacer (73)

La sonrisa de los empleados, como máscara que disimula las funciones del vigilante, ahonda aún más la distancia entre ejecuciones corporales y procesos cognitivos que abre el corte entre cuerpo y razón: para los trabajadores de *Mano de obra*, el rostro deja de ser aquella síntesis que amenaza con traicionar a la soberanía filosófica del lenguaje –síntesis capaz de ofrecer significados comprensibles para el sentido común sin hablar de conceptos– (Buck-Morss 67) para convertirse en una barrera que distancia cordialmente a los clientes. Fragmentar la banda de Moebius que une a la sensación física con la reacción motriz y el significado psicológico en el lenguaje mimético del rostro contribuye profundamente a la separación del cuerpo de la razón: con la conciencia fuera del campo del lenguaje del sistema sinestésico –el lenguaje inmediato y común que el rostro despliega ante la percepción fenomenológica del cuerpo–, los

empleados se impermeabilizan –como los transeúntes modernos y sonrientes de Baudelaire (Buck-Morss 71)– contra el *shock* implicado en el contacto con los clientes.

Por otro lado, es posible leer también en la sonrisa de los empleados una contribución al mantenimiento del ambiente anestésico del súper. Sonreír, en tanto gesto que amortigua las violencias del consumo, suma la mansedumbre interpersonal al conjunto tecno-estético de factores que adormecen el *sensorium* de los sentidos: las sonrisas se añaden a las luces, la música y los olores que inundan los pasillos y saturan la sensorialidad de los cuerpos, generando una atmósfera de parálisis total –donde los conflictos pretenden anularse– que propicia la circulación y el consumo de la mercancía. Pero estas tecnologías anestésicas que entumescen al organismo destituyendo la perceptibilidad del sistema sinestésico no solo afectan a los clientes:

Es que estoy enredado a olores tóxicos que se superponen sobre mí. Por causa de una olfativa terriblemente química, arribé hasta esta neutralidad nasal que me impide discriminar el limón de la violeta porque se han vuelto indistinguibles (los olores) (49).

Esta obsesiva luz me agrieta y me ocasiona la sensación de un mareo persistente (...) Experimento sensaciones que me atacan con una refinada alevosía, porque así, en este estado, soy víctima de una indiferencia que me puede conducir a la disolución. A la pérdida de todo lo que tengo. Lo que he conseguido retener” (50).

El desgaste de los sentidos que las condiciones de trabajo en el súper imponen a los empleados no solo los repliega de manera autogenética, sino que también paraliza su imaginación, incapacitándolos para responder políticamente (Buck-Morss 72). Las modificaciones en la percepción y en la economía de la atención que produce el exceso de estímulos sensoriales anulan la inmersión contemplativa (Han 34) de los trabajadores para reconducirlos a actividades mecánicas que los transforman en sujetos de rendimiento auto-explotados, fatigados e incapaces de imaginar horizontes revolucionarios. *Mano de obra* escenifica esta incapacidad cuando, en un instante fugaz, la voz que narra advierte en una turba de clientes el germen de una rebelión posible que no llega a detonarse:

Pero nadie conoce a fondo la fiesta final de la mercadería y su imperturbable deseo de asalto (...) Ah, la furia de los cuerpos (que ya no tienen ninguna contención) astillando cristales y la sangre, la sangre, la sangre que irrumpe categórica (el producto visualmente mancillado con un tinte dramático) auspiciando la bacanal de una cuantiosa pérdida que solaza y, sin embargo, trae un curioso consuelo a la muchedumbre que hostiga a los estantes, los vuelca, los devasta entre ominosas carcajadas, aullido, llantos irredentos, ahogos de un éxtasis fastuoso (57).

En la turba desorganizada de clientes que atropellan y se abalanzan sobre los estantes de las góndolas, la voz percibe la potencia de la multitud saqueadora. *Fiesta, sangre, éxtasis*: es curioso que las imágenes y los conceptos que describen al saqueo sitúen al accionar de la turba en el terreno de la comunidad. Al describirlo como instancia de emergencia de lo monstruoso común, el saqueo pareciera ser lo único –en el horizonte político del precariado– capaz suspender la ética del consumo para infectar de caos al súper y debilitar su infraestructura totalizante. Pese a esto, “No es posible el asalto” (58): en el régimen neoliberal del no-acontecimiento, los empleados se lamentan que esta potencia comunitaria no llegue a actualizarse y que la multitud de clientes permanezca como proyecto político sin realizar.

Así, ordenar, vigilar y sonreír aparecen en *Mano de obra* como las acciones menores que –mediante los cortes sucesivos que efectúan entre cuerpo y razón– permiten la continuación

ininterrumpida de la cuarta acción que mencionamos al comienzo de este apartado y motoriza la economía neoliberal: facturar.

En el cuerpo, la conciencia: hacia una repolitización de la vejez

Mano de obra eyecta al mundo la voz de un empleado del súper. Copartícipe menor de la experiencia neoliberal, esta existencia precaria trabaja inmersa en góndolas luminosas y un tiempo que se empasta sobre el cuerpo: el de la productividad 24/7, que exige a los trabajadores resistencia autogenética e intenta combatir el sueño por su capacidad de apagar la razón. La lectura previa pretendió revisitar algunos pasajes de la novela donde, en el día a día de la vida de los empleados, se revelan distintos espesores de un nudo que ata a la precarización neoliberal con cortes conceptuales derivados de las metafísicas humanistas. Ordenar, vigilar, sonreír y facturar se nos presentaron como acciones que, para ejecutarse en simultaneidad y con eficiencia, demandan una fractura en la ipseidad: separar al cogito de la carne, alejar a la razón lo más posible del terreno de los humores y los bordes de la piel, hacer de ella un operario esencial, desmaterializado, que domine con experticia técnica la máquina del cuerpo que posee. En otras palabras, *Mano de obra* muestra al trabajo en el súper como aparato subjetivador que entumece el cuerpo y esencializa al trabajador, descomponiendo a la persona en esencia propietaria y cuerpo poseído –materia objetivable que con su fuerza de trabajo generará un ingreso escuálido.

Sin embargo, algunos pasajes de la novela muestran que, a veces, la máquina biológica falla. Cuando el cuerpo llega a su límite, cuando desborda –se enferma, sangra– y la razón no puede retener ese resto excedente, la sonrisa del empleado es sometida a un desbalance. Poco a poco, el sismo escatológico crece hasta resquebrajar la estructura de la coraza que contiene a la razón y la objetivación del cuerpo:

Amable, envuelto en mi acostumbrada cortesía, me desvíó (no puedo más) hacia el orinal y siento el chorro. Meo como un desafortunado después de 14 ó 16 horas de acumular el goteo. Estoy en riesgo. Lo sé. Pero cumpliré el trato de las 24 horas (70).

Sí, ella misma (la pobre Sonia) mutilada por la maniobra fatal realizada con el filo de su propia hacha (...) no pudo sino observar, estupefacta e indecisa, su mano atropellada y velada por la sangre (a borbotones, a borbotones): La pobre Sonia condenada al fluir de su sangre (impura/ humana/inadmisible) que inundaba, con un nuevo espesor, el mesón de la carnicería (153, 154).

Ana Forcinito lee en estas fallas y excesos corporales un signo positivo: la capacidad del averío biológico –con su interrupción al imperativo de productividad– de resistir con toda la intensidad de su materia a la dictadura de la razón neoliberal, marcando límites concretos a su ilusión del control absoluto (94). A esto, podríamos agregar que las fallas corporales también le recuerdan a la esencia que no está desatada del cuerpo, sino que *es* un cuerpo: revelación súbita que logra acomunar –al menos el tiempo que dura ese exceso– al sujeto en un sí mismo.

Si entendemos a las limitaciones del cuerpo como máquinas de guerra, si encontramos en esa materialidad que limita a la soberanía de la razón una apertura a imaginar otros mundos posibles, el sujeto más apto para encarnar la revolución del cuerpo no será el más fuerte y saludable, sino, por el contrario, el más limitado, el débil –necesariamente, el más *improductivo*–. Deberá ser alguien que desconfíe de la razón, que avance a tientas entre “los razonamientos de la aritmética nublada que organiza sus pensamientos” (Eltit, 38), que viva desde el cuerpo y perciba espectros de sensorialidad marginados, desplazados de los programas subjetivadores del reparto oficial de lo sensible.

Es curioso que cuando la voz que narra en *Mano de obra* se siente de humor “saludable” se entregue “de lleno a los viejos, a observar sus movimientos por los pasillos: inseguros, oscilantes, con la mirada errática” (37). Algo en el desplazamiento de los viejos lo cautiva: el sincretismo total de sus conciencias y sus cuerpos. Así como hay excesos corporales, la vejez resulta en *Mano de obra* un exceso vital, un tiempo de vida frágil que desborda el ciclo de la productividad, obstaculiza el circuito del consumo y hace coincidir a la conciencia vencida con un cuerpo aún más vencido luego de décadas de trabajo:

[Los viejos] Le temen al contagio del virus o de la bacteria que los va a conducir al desastre final y oclusivo de unos bronquios que ya se encuentran demasiado expuestos, en el espacio común del súper, por la proliferación (la verdadera plaga) de la última epidemia gripal y la fiebre infecciosa que –ya perciben– van a ser incapaces de soportar (44).

Los buenos clientes no ocultan su impaciencia cuando los ancianos impiden que ellos avancen con sus carros por los pasillos: los detienen porque se enredan (con una torpeza estridente) en los metales o bien los demoran con una precisión majadera cuando los enfrentan (cara a cara) para interrogarlos sobre las razones y los beneficios de los productos que están adquiriendo (39).

‘los viejos del súper’, van señalando, sin un átomo de pudor, sin cesar, sin consideración, la aguda experiencia verbal de cómo transcurren sus dolores. Pero (tengo que reconocerlo) ellos están provistos de una sabiduría emanada de un mapa orgánico correcto y generosamente explorado por el tiempo turbulento que le dedican. Analizan las frecuencias, las intensidades, los antecedentes, los efectos que alcanza un dolor en otro dolor y en el siguiente. Así se forma una cadena científica y laboriosamente unida: dolores de huesos o esos dolores imprecisos que los atacan en las noches: la vejiga, los pulmones, el riñón, el hígado, el esófago. Se detienen en los puntos críticos de sus órganos y la forma que adquiere, en cada uno de ellos, la curva de la inflamación crónica (40, 41).

Los pasajes anteriores –el primero, particularmente, cargado de resonancias proféticas para esta lectura anacrónica– muestran cómo, en la debilidad casi absoluta de la vejez, en la sumatoria de sus deficiencias físicas y cognitivas, el exceso de tiempo/vida habilita la emergencia de un saber diferencial adquirido por la escucha del cuerpo. Si algo quedó demostrado este último año, es que los viejos son un exceso –como *Mano de obra* nos sugiere– con la potencia de sacudir las lógicas económicas y ontológicas de la ética neoliberal. El cuidado de los viejos –o su falta– pone en jaque, hasta el día de hoy, la jerarquización de las prioridades gubernamentales en tiempos de pandemia e introduce al escenario político la figura de un sujeto históricamente desplazado por el culto occidental a los hombres activos. Sería interesante, en este sentido, pensar en la vejez como horizonte donde aún pueden anidar revoluciones: dejar de restringir la rebelión a la fuerza de la juventud, desarticularla de las teleologías de los procesos (y progresos) y democratizar la lucha contra el mundo de la obsolescencia.

La pandemia activó muchos actos reflejos en el neoliberalismo. Como proponíamos al principio de este trabajo, los gobiernos del mundo –en un intento por detener los golpes del contagio– lanzaron redes de categorías como *trabajo esencial* para atrapar con palabras aquel retorno de lo real. Categorías que inyectaron –quizás de manera inconsciente– coordinadas epistemológicas –y, en particular, *metafísicas*– en el centro de decisiones políticas y económicas.

Si pensamos efectivamente que los actos reflejos son actos inconscientes –es decir, actos realizados sin la voluntad del cerebro–, podríamos proponer al estudio de los reflejos del neoliberalismo ante la pandemia como una forma de explorar el inconsciente neoliberal. Podría

objetarse que el neoliberalismo no tiene inconsciente, que designar al *trabajo esencial* de esa manera no expone ningún mecanismo de defensa sino, por el contrario, la decisión deliberada de volver a la jerga del capitalismo moderno –cuando las rutas comerciales comenzaban a enmarañarse y el progreso era una forma de tiempo posible. De cualquier forma, ambas posibilidades nos enfrentan indistintamente al potencial caos sistémico del contagio y, a su vez, al hecho de que la prioridad del pensamiento neoliberal sea reordenar el mundo en vez de reinventarlo –al subrayar, con categorías como *trabajo esencial*, que las ideas ilustradas siguen funcionando como corrector político para justificar los nuevos subsuelos de la precariedad y la preocupación impostergable por que la facturación continúe–. Puede que indagar en las categorías que emergen de estos actos reflejos sea una de nuestras tareas más urgentes para discernir qué ideas de fondo el neoliberalismo pandémico pretende actualizar. Quizás, la exploración de estas ideas instintivas nos sugiera formas de organizar intempestivamente nuestras luchas y resistencias para el tiempo venidero.

Obras citadas

- Buck-Morss, Susan. “Estética y anestésica. Una revisión del ensayo de Walter Benjamin sobre la obra de arte”. *Walter Benjamin. Escritor revolucionario*. Interzona, 2005.
- Crary, Jonathan. *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*. Paidós, 2014.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Kafka. Por una literatura menor*. Era, 1990.
- Eltit, Diamela. *Mano de obra*. Planeta-Seix Barral, Santiago de Chile, 2002.
- Forcinito, Ana. “Desintegración y resistencia: corporalidad, género y escritura en *Mano de obra* de Diamela Eltit”. *Anclajes*, vol. XIV, N° 14, diciembre de 2010, pp. 91-107, <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/anclajes/article/view/52/49>
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Giorgi, Gabriel. “Leer las imágenes del contagio”. *Posnormales*, comp. por Amadeo, Pablo, ASPO, 2020, pp. 321-335, http://postino.fundacionstart.org.ar/img_mailing/PosnormalesASPO.pdf.
- Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Herder, 2012.
- Rancière, Jacques. *El hilo perdido. Ensayos sobre la ficción moderna*. Manantial, Buenos Aires, 2015.
- Rancière, Jacques. *El espectador emancipado*. Manantial, 2010.